

Señor, no soy digno . . .

D. Todd Williamson

Pocos relatos del evangelio tienen tanta fuerza como el relato del centurión romano que había escuchado grandes cosas acerca de los hechos y dichos de Jesús. El centurión busca a Jesús para que lo ayude, pues su sirviente está paralizado y sufriendo los embates de la enfermedad. Por supuesto, Jesús acoge favorablemente su petición y se encamina a su casa para sanar a su sirviente. De hecho, el centurión pronuncia estas contundentes palabras: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero basta que digas una sola palabra y mi criado quedará sano” (Mateo 8,8, *Biblia de América*; Lucas 7,6).

Esta historia es una historia de fe. Recordemos que el centurión es un ciudadano romano: un gentil, es decir, alguien que estaba excluido de las promesas que Dios había hecho a Israel, su pueblo escogido. Aun así, el centurión tenía fe en que Jesús podía sanar a su sirviente. Inclusive, se dirige a Jesús como “Señor”. Esta es la razón por la cual Jesús camina hacia su casa—acción que estaba prohibida y, de acuerdo con los criterios judíos, esta acción dejaría impuro a Jesús—. Pese a esto, Jesús quiere ir a su casa. Al final, este relato tiene como centro la fe del centurión siendo a la vez una historia que tendría como final el hecho de que Jesús iría a su casa para llevar la salud, la plenitud y la salvación.

¿Acaso hay alguna duda ante el hecho de que la Iglesia ponga las palabras del centurión en la boca de cada miembro de la asamblea alitúrgica a medida que nos preparamos para recibir la salud, la plenitud y la salvación mediante el regalo de la Eucaristía? Con la implementación de la traducción de la edición típica del Misal Romano, toda esta declaración que hace el centurión romano será nuestra respuesta a la invitación a la Sagrada Comunión: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor”.

No es mera casualidad que *estas* palabras, en *este intercambio* deban decirse en *este* momento de la misa. Seamos conscientes de lo que pasa, se nos está invitando a “contemplar” al Señor pues está presente en el sacramento de la Eucaristía. No es una simple invitación a “ver”, a que nos “demostramos cuenta” de que está ahí. Somos invitados a “contemplarlo”—a verlo con los ojos de la fe y a ver lo que hace por nosotros en la liturgia—. ¡Nos está preparando para alimentarnos con su cuerpo y sangre!

Tendrá mucho más sentido si damos una mirada cercana a los relatos del Evangelio en los que aparece la historia



del centurión, particularmente en el relato según san Mateo (también se narra el mismo evento en el Evangelio según san Lucas), dado que solamente en el evangelio mateano Jesús responde al centurión: “Por eso les digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos . . . Vete y que suceda según tu fe” (Mateo 8,11.13 *Biblia de América*).

Veamos nuevamente este intercambio en la liturgia eucarística. Se nos invita a contemplar el “Cordero de Dios”. La invitación hace referencia a la visión que Juan tiene y que aparece relatada en el Apocalipsis (19,9), donde el ángel le dice a san Juan: “Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero”. El

banquete del Cordero y el banquete en “el reino de los cielos” al que Jesús se refiere en el Evangelio según san Mateo, ¡son el mismo banquete! Así pues, en este momento de la liturgia, ¡estamos siendo invitados a ese banquete!

Estoy seguro de que no hay mejores palabras para responder a esta invitación: “Señor, no soy digno / de que entres en mi casa, / pero una palabra tuya / bastará para sanarme”. En este momento la liturgia nos invita a tener la misma fe, la misma convicción que el centurión romano tuvo en lo que Jesús puede hacer. Entonces, así como se le aseguró al centurión su presencia en el gran banquete celestial, también nosotros seremos admitidos a ese mismo banquete, aquí, en la Eucaristía. ¡Si hubo esperanza para él, también hay esperanza para nosotros!

Note que en la nueva traducción del texto que aparece en este intercambio *no* se acentúa nuestra falta de dignidad. De hecho, *ninguno de nosotros* es digno del gran regalo de la Eucaristía ¡Y ese es precisamente el punto! No es mérito nuestro el que seamos admitidos a este gran banquete; sino por nuestra fe en Jesucristo, ¡la misma fe del centurión! La gracia de Dios que nos es dada en el sacramento de la Eucaristía es un regalo totalmente gratuito. Lo único que tenemos que hacer es aceptarlo y responder a ese regalo.

La respuesta completa del centurión nos ayuda a reconocer que si aceptamos la invitación, entonces la promesa que Cristo nos hace de bienestar, plenitud y salvación será nuestra. ¡Esta promesa se cumple en la Eucaristía, en la Sagrada Comunión que estamos a punto de recibir!